

México y la devoción a Cristo Rey

Luis Alfonso Orozco, L.C.

Doctor en teología y Profesor del Instituto Pontificio Juan Pablo II para la Familia en Guadalajara, México.

El 23 de noviembre de 2013, dentro del Año de la Fe —proclamado por Benedicto XVI y clausurado en Roma por el Papa Francisco— el entonces Cardenal primado de México, Norberto Rivera, renovó la consagración del país al Sagrado Corazón de Cristo. Consagración que se había hecho un siglo antes, el 11 de enero de 1914, también en la Ciudad de México, en el transcurso de una Misa en la Catedral Metropolitana.

México cuenta hoy con más de 120 millones de habitantes de los que 111 millones se declaran católicos, número que le permite ser el segundo país con más fieles en el mundo, detrás de Brasil. La renovación en 2013 de la consagración nacional al Sagrado Corazón de Cristo, de 1914, fue un acto motivado por las profundas raíces católicas en la historia de México y, particularmente, en la guerra llamada “cristera” que se desató en el país debido a la persecución religiosa de los años 1914-1938.

La devoción personal o familiar a Cristo Rey, o al Sagrado Corazón de Jesús, ha sido muy arraigada en la piedad popular mexicana. De hecho, el amor y la devoción a Cristo Rey y a Santa María de Guadalupe han sido determinantes al plasmar la identidad cultural católica de México desde sus orígenes, es decir a partir de 1521 con la conquista española, con el pueblo mestizo resultante de la fusión de ambas razas y culturas. El acontecimiento guadalupano de 1531, diez años más tarde, vino a ser como el bautismo de la joven nación, y de ahí que la identidad profunda de México esté señalada por el catolicismo.

Con la aparición de la Virgen de Guadalupe a San Juan Diego, en 1531, Dios mostró una predilección especial por esta nación

México, evangelizado principalmente por los misioneros españoles, quedó bajo la protección de la Reina del Cielo y gracias a esto la población indígena pudo salir poco a poco del abismo de ignorancia religiosa y de oscuridad en que viviera antes de la llegada del Evangelio. Como es sabido algunas

manifestaciones de crueldad tuvieron su causa principal en la ignorancia y rudeza religiosa de los indios, cuya expresión más trágica fueron los sacrificios humanos de los pueblos vencidos, practicados principalmente por los aztecas, pero también por los mayas.

A partir del siglo XVI, en aquel amplio periodo de tiempo conocido como la Colonia, la identidad cristiana de la nación quedaba definitivamente forjada. Unidas por una misma sangre, por un nombre común, la Nueva España a la vieja España peninsular, adquirieron entre sí un vínculo aún más estrecho y persistente: el de la misma fe en Cristo Rey. Por eso es que las raíces de Nueva España/ México son definitivamente cristianas.

¿Por qué fue posible la consagración de México a Cristo en 1914?

Fue posible, básicamente, por dos factores: por un lado la aclamación popular de una nación forjada en torno a la fe católica y el amor a Jesucristo, y constituida entonces al 98 por ciento de católicos, con sus obispos y sacerdotes preocupados por la paz y el progreso de México. Como fieles creyentes piden a Dios el don de la paz para la Patria y la consagran a Cristo Rey de la paz, en aquel comienzo de siglo que resultó trágico para México y para el mundo, con sucesos como la primera gran guerra y la revolución rusa. El otro factor fue la circunstancia política: el país estaba en plena guerra de Revolución.

A pesar del torbellino revolucionario por el que entraba el país, el 11 de enero de 1914 el arzobispo de México José María Mora del Río consagró el país al Sagrado Corazón de Jesús para pedirle la paz de México, mientras muchos de los presentes aclamaban: “¡Viva Cristo Rey!”. Una paz que era especialmente necesaria mientras la nación entera se precipitaba en la Revolución, que con sus cientos de miles de muertos y desplazados —principalmente hacia Norteamérica—, supuso una destrucción y un retraso socio-cultural severo para la entera nación.

La historia oficial ha pretendido hacer pasar la Revolución como el acontecimiento determinante que ha plasmado el México actual, queriéndola presentar —y a los “héroes” oficiales— como los forjadores de la patria. Pero eso es la ideología al servicio del poder, más no la dura realidad, la cual señala por el contrario todo el destrozo, atraso cultural y social que la Revolución produjo en México desde 1914, de los que no se ha recuperado después de un siglo.

Incluso sus secuelas más perniciosas, como la corrupción endémica, persisten como una mentalidad muy difundida. Diez años después, todavía

dentro del clima de persecución religiosa contra los católicos –que eran el 98 por ciento de la población– México renovó su consagración durante el Congreso Eucarístico de 1924. En el corazón del México católico estaba firmemente arraigada la fe en Cristo, en sus manifestaciones como devoción al Sagrado Corazón y a Cristo Rey.

El desarrollo histórico de la devoción en México a Cristo Rey y a su Sagrado Corazón, en el siglo XX, con las décadas agitadas por la persecución y el miedo del poder, culminó en el monumento nacional a Cristo Rey en el centro del país. En efecto, en la cima de la montaña *El Cubilete*, que le sirve de pedestal, se levanta la gran estatua de Cristo Rey bendiciendo a la nación y a todos los que llegan de lejos o de las cercanías a su santuario. Cristo Rey se alza en el corazón geográfico de México, a 2 mil 660 metros de altura sobre el nivel del mar. La venerada Montaña está en el municipio de Silao en el Estado de Guanajuato, y su santuario de Cristo Rey ha sido y es meta de peregrinaciones, comenzando por aquellos fieles católicos, quienes durante los años de la persecución del siglo veinte lo confesaron hasta la última gota de su sangre generosa para aclamarlo como Rey universal: ¡Viva Cristo Rey!

A los pies de la santa montaña, corazón del catolicismo mexicano, llegó en marzo de 2012 el Papa Benedicto XVI durante su única visita apostólica a México. Celebró una misa multitudinaria con la presencia de casi un millón de fieles, peregrinos de México y de fuera.

El origen de la construcción del monumento a Cristo Rey en el Cerro del Cubilete

México contaba ya con la Basílica y Santuario Nacional de Guadalupe, y se quiso favorecer la expresión de la devoción popular del pueblo católico, con otro Santuario Nacional dedicado a Jesucristo. La historia del monumento edificado a Cristo Rey es hermosa y heroica, porque forma también parte de la epopeya cristera y de la defensa de la fe. El 11 de febrero de 1923 el delegado apostólico en México, monseñor Ernesto Filippi, acompañado del entonces obispo de León, monseñor Emeterio Valverde Téllez, y de otras autoridades y ante 50 mil peregrinos, bendijo la primera piedra de construcción del monumento. Este hecho le mereció la expulsión del país por orden alevosa del entonces presidente, el general revolucionario Álvaro Obregón. Fue un acto completamente arbitrario y sin ninguna otra justificación más que el poder de la tiranía.

Pocos años más tarde, en plena guerra cristera, el presidente Plutarco Elías Calles decretó, arteramente, que la estatua del Sagrado Corazón hecha

de cantera, fuese dinamitada. La sentencia se ejecutó el 20 de enero de 1928 por manos de varios soldados federales. Al explotar la dinamita y al fragor del trueno se levantaron voces blasfemas de mofas, procaces insultos, desafíos cobardes, como ocurrió en torno de la agonizante Víctima del Calvario pendiente en la cruz. El eco del torbellino que estremeció a la montaña se fue repitiendo en las ondulaciones de las cañadas... La indignación del pueblo no tuvo límite y pudo verse a mucha gente llevando en sus sombreros imágenes y medallas con las iniciales del pregón libertador: ¡Viva Cristo Rey!

La Montaña del Cubilete se convirtió en tierra santa y en meta de peregrinación incesante. Cuando años más tarde el país se pacificó; finalmente se pudo levantar el grandioso monumento —el definitivo— a Cristo Rey universal, por cuya causa los mártires proclamaban antes de ser fusilados o ahorcados: “¡Viva Cristo Rey!”. Esta epopeya le ha dado a México la mayoría de su santoral, desde el beato Padre jesuita Miguel Agustín Pro, fusilado en 1927, y monseñor Rafael Guízar y Valencia, obispo de Veracruz (aunque él no murió durante la Cristiada, sino en 1938. Sin embargo, no se había atenuado la persecución religiosa); los primeros 25 mártires canonizados en mayo de 2000 por San Juan Pablo II, hasta los trece nuevos beatos proclamados por Benedicto XVI, el 20 de noviembre de 2005 —domingo de Cristo Rey— en Guadalajara; entre los cuales hay tres sacerdotes y diez seglares.

Cristo Rey en *El Cubilete* es ahora uno de los santuarios más frecuentados en el país no solo por los peregrinos guanajuatenses, sino por peregrinaciones de carácter nacional e internacional, muchas de ellas multitudinarias. Para este objeto, al pie de la gigantesca estatua de Cristo Rey, como base de la misma, se encuentra la moderna basílica en forma de globo terráqueo. El Santuario tiene capacidad para alojar a un nutrido número de peregrinos que ascienden a la montaña durante todo el año, pero en particular para la fiesta de Cristo Rey.

La simbología representada en las estatuas de Cristo y los dos ángeles que reposan sobre un hemisferio de concreto, simboliza al universo, con sus meridianos y paralelos terrestres. Esta semiesfera descansa a su vez sobre ocho columnas de acero y hormigón que representan a las ocho provincias eclesiásticas que había en México, cuando se levantó el monumento. Los ángeles arrodillados a los pies del divino Monarca, le ofrecen las dos coronas: la del martirio (corona de espinas) y de la gloria (corona regia).

La escultura hecha con cemento y acero mide 20 metros de altura, pesa 80 toneladas y está localizada en la cima del cerro *El Cubilete*, a 2660 metros de altura sobre el nivel del mar, al cual se llega por medio de un camino empedrado que asciende como espiral por la montaña hasta llegar a una amplia

explanada superior, que funciona también como mirador y estacionamiento para los coches. En el interior del Santuario que está construido en forma circular, bajo los pies del Cristo, se contienen varias piezas de arte, entre las cuales destaca una custodia en metal precioso, de gran tamaño y que fue fabricada precisamente para este Santuario. En la custodia se encuentra la Sagrada Hostia expuesta de modo permanente para la adoración de los fieles.

La fiesta de Cristo Rey al final del año litúrgico

La fiesta de Cristo Rey fue establecida para toda la Iglesia por el Papa Pío XI el 11 de diciembre de 1925, por su encíclica *Quas Primas*. La festividad se colocó al final del año litúrgico, como coronación de la obra redentora de Cristo. El Papa quiso motivar a todos los católicos a reconocer públicamente que el centro y corazón de sus vidas y de la Iglesia es Cristo Rey. Con la fiesta de Cristo Rey celebramos y pedimos que Cristo empiece a reinar en nuestros corazones en el momento en que nosotros se lo permitamos, y así el Reino de Dios puede hacerse presente en nuestra vida. De esta forma vamos instaurando desde ahora el Reino de Cristo en nosotros mismos y en nuestros hogares, empresas, trabajos y ambiente social.

El 23 de junio de 2006 los obispos mexicanos dirigidos por el entonces presidente de la Conferencia Episcopal y arzobispo de León, monseñor José Guadalupe Martín Rábago, junto con un nutrido grupo de sacerdotes y miles de fieles renovaron una vez más la consagración de la nación mexicana al Sagrado Corazón de Jesús, en el santuario nacional de El Cubilete. Recordemos que la consagración oficial había sido proclamada el 11 de octubre de 1924, durante el Primer Congreso Eucarístico Nacional, por los obispos mexicanos en pleno en la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México, justamente cuando iniciaba el período más violento de la persecución religiosa en el país.

En la fórmula de consagración se encomendó al Sagrado Corazón «esta Patria querida: a los gobernantes, para que trabajen siempre por el bien común; a las familias, para que forjen en las virtudes humanas y cristianas el corazón de las nuevas generaciones; a los indígenas y campesinos, obreros e inmigrantes, para que alcancen un mejor nivel de vida y un pleno respeto de su dignidad y sus derechos». En el acto, se encomendó entre otros a «los legisladores y a los profesionales de la salud, para que respeten y defiendan la vida desde su inicio en el seno materno hasta su conclusión natural; a los que se dedican a la educación, la cultura, el arte y los medios de comunicación social, para que contribuyan a un mejor y más armónico desarrollo de la sociedad difundiendo valores auténticos».

México en 2018 y sus desafíos actuales

Hoy México es una gran nación poblada con más de 120 millones, de los cuales un 83 por ciento se declaran católicos. Lo que hace que el país sea el segundo en el mundo por número de católicos, por detrás de Brasil, el gigante sudamericano. La Iglesia católica goza de libertad de expresión, si bien no plena como en otros países democráticos, pero los problemas sociales y políticos que afronta el país norteamericano son también grandes; está la violencia con sus múltiples rostros desde el narcotráfico al secuestro de personas, la corrupción latente en muchas capas del tejido social, la brecha entre las clases pudientes y las menos favorecidas con el consiguiente crecimiento de la pobreza. El desafío de la educación y la formación de las nuevas generaciones.

Cuatro años atrás, para conmemorar el centenario de la consagración de la nación a Cristo Rey (1914-2014) surgió la iniciativa, por parte de un grupo de laicos, de levantar el monumento a Cristo Rey que ahora se admira en la Basílica de Guadalupe, en la capital de México, y efectuar la renovación de la consagración del país a Cristo, gracias al apoyo del cardenal Rivera y de sacerdotes de la arquidiócesis de México.

Los hombres piden al cielo que proteja y vele por la nación, dado que los males y problemas afectan a todos y superan incluso las posibilidades políticas y culturales de remediarlos. Este es el sentido de la consagración de México a Cristo Rey, en la que no hay ningún rasgo o matiz político que se preste a equívocos. El entonces cardenal primado de México lo hizo en nombre de los católicos, que son la mayoría del país y en perfecta libertad democrática, sin que esto suponga ningún agravio para los que no profesan esta religión. Se trata de un gesto de paz para todos los hombres y mujeres de buena voluntad dentro y fuera de México.